

# Discurso en la inauguración de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas<sup>1</sup>

---

Bogotá, Julio 3 de 1984

Sr. Dr. Carlos Lleras Restrepo, Doctores Hernando Gómez Otálora, Isidro Parra-Peña, Guillermo Silva Sánchez, Raúl Alameda Ospina, Jorge Navas Pinzón, señores Ministros, señoras Viceministras, señores Académicos, señoras y señores:

Unas palabras de un no economista puro a economistas purísimos. Mi insistencia obsesiva en la paz tiene explicaciones plurales a saber; el deseo de una sociedad más justa es decir, de una sociedad en donde haya más personas que disfruten del empleo, de la propiedad, de la educación, del descanso; la convicción de que si todos reconocemos que nuestro derecho termina donde comienza el derecho de los demás, se alcanza la tolerancia recíproca, fundamento de toda sociedad civilizada; la certeza de que si nuestra pertinacia en destruirnos la aplicamos a reconstruirnos daremos un salto irreversible en la conquista de nuestro destino; la persuasión de que en este momento todo es propicio en Colombia para la reconciliación nacional en el marco de un gran diálogo que incluya a los sectores políticos, económicos, sindicales, empresariales, gubernamentales, eclesiásticos, militares, profesionales, estudiantiles, científicos -desde luego-; y finalmente, el convencimiento que el filósofo Descartes expresara en el Discurso del Método de que la plenitud de la paz es el techo bajo cuyo cobijo crea mejor el espíritu. Por eso he procurado que los colombianos miren con interés y aprecio todas las faenas del espíritu: las de la investigación científica que adelanta la Segunda Expedición Botánica y que debe favorecer también las tareas, por ejemplo, del Diccionario de Composición y Régimen que ocupan al Instituto Caro y Cuervo y las de la expresión artística que han llevado a la Casa de Nariño a los poetas, pintores y músicos de la patria.

---

1 Publicado en homenaje al expresidente Betancur con ocasión de su recientemente fallecimiento.



No es fácil sin embargo, reconciliar a los investigadores y a los artistas, y quienes procuramos cumplir esa tarea encontramos en ella a veces más dificultad que al reconciliar a los dirigentes políticos o a los dirigentes sindicales. Nos consuela sí, saber, que no es solamente torpeza nuestra sino también reluctancia de la naturaleza misma la que produce desavenencias entre los sabios de la razón y los sabios del corazón.

Platón, a quien podría considerarse el fundador de la poesía secreta, decía sin embargo, en el libro X, de La República, que viene de antiguo la discusión entre la filosofía, y la poesía, tomaba partido por aquélla, por la filosofía, y proponía desterrar de la ciudad perfecta a los poetas, afirmando que no debemos ofrecerles entrada en una ciudad con buenas leyes. Los poetas, por supuesto, se han vengado. Uno de ellos, chileno, americano, universal, cantaba así contra algunas gentes de estudio y decía: “se acostaron entre las páginas durmiendo como insectos hercebidianos; entre ellos se han disputado ciertos libros recién impresos como en el fútbol, dándose golpes de sabiduría”. Ya adivinarán que se trata de Neruda en el Canto General de Chile.

En fin, cualesquiera sean los riesgos que corra el Presidente de la República con sus amigos poetas, pintores y músicos por asistir a la inauguración de esta Academia de Economía, he querido hacerla porque creo en su importancia para el país y porque por muchos años desde la cátedra y los libros he invitado a los abogados a conocer mejor la economía del país y a los economistas a conocer mejor la psicología de ese mismo país, con la esperanza de que así puedan orientarlo mejor o al menos en forma más humilde. Tener mejor conocimiento acerca de los límites que él impone sobre nuestras aspiraciones y deseos. Porque, si bien es cierto que quienes tienen vocación de estudio pueden individualmente lograr progresos admirables, no es menos cierto que el trabajo científico se beneficia en grado sumo por el diálogo frecuente entre personas que cultivan las mismas disciplinas y que ante todo buscan alcanzar en ellas niveles de excelencia. Con tal propósito en el pasado surgieron en Europa y mucho antes en los Balcanes, en el Asia Menor, surgieron las más prestigiosas academias y aunque en nuestros días se consigue quizás un objetivo parecido a través del intercambio y de las publicaciones universitarias, siempre es más creador buscarlo dentro del antiguo modelo europeo organizando academias al lado, por supuesto, de las formas recientes de comunicación, colaboración y emulación científica.

Aunque es mucho lo que se ha avanzado en el conocimiento de la economía y en el diseño de instrumentos institucionales para dirigirla, sucede con ella como con tantas otras ciencias, sucede que los conocimientos nuevos revelan que aquellos aspectos que se ignoran son mayores de lo que se sospechaba. El conocimiento científico en todos los campos y por supuesto en el económico, invita siempre a la humildad. Algo sabemos acerca de la naturaleza de los más importantes recursos: la tierra, el capital, el trabajo, el empresario, la tecnología y algo barruntamos también en torno a los sistemas que permiten formarlos, orientarlos hacia usos productivos, aprovecharlos eficazmente. Sin embargo nos queda mucho por aprender acerca de cómo emplearlos a cabalidad, por ejemplo, sin causar alzas en los precios y sobre todo nos queda mucho por averiguar acerca de cómo lograr al mismo tiempo que haya más bienes, servicios y tiempo libre que estén mejor repartidos entre los seres humanos y que el reparto se haga sin menoscabo de la libertad. Algunos de estos interrogantes son tan antiguos como la ciencia misma de la economía y a pesar de que hemos aceptado el desafío de tratar de resolverlos en la Academia, en la empresa privada y en la administración pública, podemos estar seguros de que acompañarán siempre al hombre sobre la tierra.

La economía contemporánea se distingue por su énfasis en la verificación empírica de las hipótesis de trabajo y esa actitud de verificar las teorías con los hechos es la que le da carácter de ciencia. Si Aristóteles decía, “definid y no disputaréis”, hoy podríamos invitar a los economistas a la verificación empírica como procedimiento para superar muchas discrepancias que finalmente pueden resultar menos irreductibles de lo que se piensa. Hay que trabajar con doctrinas económicas, es cierto, pero hay que utilizar más las teorías susceptibles de comprobación, también eso es cierto. Hemos aprendido que la economía está lejos de ser una ciencia exacta y que por tanto en rigor no hay leyes económicas exactas como en la física, en la química o, en general, en las ciencias naturales. Nadie puede por tanto asegurar que las soluciones que la economía ofrece a los problemas son las únicas y para afirmar que la solución que se ofrece es la mejor nunca bastan los elementos de juicio que la misma economía proporciona sino que es preciso utilizar otros de naturaleza subjetiva: los valores.

Hemos aprendido además que no hay soluciones económicas perfectas porque todas tienen costos. De una u otra manera todas obligan a elegir, a señalar

prioridades. Por lo mismo la quintaesencia consiste en que quienes participamos en la vida pública y quienes analizan la participación pública de sus conciudadanos mediten más a menudo en estos hechos. Cuán útil sería que la labor de la Academia sirviera para hacerlos conocer mejor. La paz sería más fácil si quienes se ocupan de los problemas sociales aceptaran que quienes no están de acuerdo con ellos pueden eventualmente tener razones y buenas intenciones: la soberbia engendra el dogmatismo y el dogmatismo engendra la violencia. El avance científico, como la paz, sólo se logra cuando se acepta que no todas las cosas se saben ya y que el otro algo de razón puede también tener. En este sentido suelo repetir la anécdota que recogiera el Conde Miloch en su hermosa obra “El Pensamiento Cautivo”. Cuenta allí de un mendigo al comienzo del tramonto de los Cárpatos siempre alegre él y siempre locuaz, que ésa era la manera de ganarse la vida, pues advertía, así les hacía olvidar a los caminantes el riesgo que tenían enfrente: la montaña misteriosa. Agregaba que al ponerles discusión advertía quién pretendía tener una cuarta parte de razón y que ése era, desde luego, su amigo. Advertía igualmente quién pretendía tener la mitad de la razón y decía que ése, aunque peligroso, podría ser su amigo. Advertía así mismo quién pretendía tener tres cuartas partes de razón y a ése, decía, había que evitarlo por ser una amenaza. Ahora, concluía, quien pretenda tener toda la razón, ése, desde luego, es un loco.

Aunque muchos de los modelos de análisis económico pueden tener una aplicación universal resulta necesario considerar que la mayoría de ellos han sido desarrollados en los países industriales. Por eso para utilizarlos entre nosotros es preciso mantener una actitud alerta y crítica frente a los supuestos con los cuales se construyeron porque puede ocurrir que lo que en otras latitudes sea supuesto razonable -hic et nunc como recordaba ahora el Dr. Silva Sánchez-, en las nuestras resulte contraria a la evidencia. Qué bueno también, que la Academia contribuya a que nuestros economistas, nuestros abogados, nuestros profesionales en general recuerden siempre esto. Qué bueno que sin caer en un provincialismo estéril estemos siempre conscientes de la maravillosa diversidad que resulta de la geografía, la historia y la cultura.

Quiero por último rendir un homenaje a los señores Académicos, en especial al Académico Dr. Carlos Lleras Restrepo, al Académico Dr. Lauchlin Currie, al Académico Dr. Joaquín Vallejo Arbeláez, al Académico Dr. Enrique Caballero Escobar, al Académico Dr. Hernando Gómez Otálora. En fin, a

los fundadores todos de la Academia rendirles un homenaje en la cabeza del Presidente, Dr. Hernando Gómez Otálora. Ha servido él a Colombia como pocos: desde la cátedra universitaria, desde la administración pública, desde los periódicos, desde el Congreso, desde la empresa privada y ahora nos enseña de una manera admirable, con el ejemplo, todo lo que significa la voluntad como recurso para hacer frente a las adversidades. Que su espíritu investigador y su afán de excelencia se vuelvan patrimonio de esta Academia.

En su conferencia de hoy con interesantes reflexiones acerca del sector externo, el Dr. Gómez Otálora da una muestra más de sus brillantes dotes de economista y jurisconsulto. Sé que los señores Académicos han de analizarlas con todo cuidado y espero que cuando el Dr. Gómez Otálora las presente al Congreso, según ha anunciado, ese cuerpo soberano tome la decisión que más convenga a la salud de Colombia.

Muchas gracias pues a todos los buenos colombianos que han organizado esta Academia y muchos éxitos para ellos y para la patria que nos es común.

Muchas gracias.

Belisario Betancur Cuartas  
Presidente de la República